

de la renta, la inferior calidad de ciertas tierras, siendo así que solo se cultivan estas porque pagan renta las tierras fértiles.

Pero del mismo modo que aparece evidente y demostrado que la renta proviene del valor de los productos agrícolas, es menester reconocer que aquel valor se determina por el costo que tienen los frutos que se recolectan en las tierras inferiores, en cuyo sentido únicamente son de tomar en cuenta las consecuencias económicas de los diferentes productos de las tierras de inferior calidad.

Pero no se necesitaria apoyarnos en los argumentos que preceden relativos á la naturaleza de la renta para ser palpable que el diezmo recae principalmente sobre el propietario y no sobre el consumidor.

Basta la admision que hacen Ricardo y Flores Estrada definiendo la renta como aquella parte del producto agrícola que resta despues de cubiertos los gastos de produccion, para que en buena lógica se deduzca que las contribuciones sobre los productos brutos recaen precisamente sobre el propietario, puesto que aumentan los costos de produccion y dejan menor parte disponible al colono como excedente de sus utilidades ordinarias. En efecto, dependiendo el valor de los frutos de la tierra, de su demanda, esto es, de la proporcion entre la poblacion y las tierras puestas en cultivo, el mayor costo á que salen los productos de las tierras mas endebles, solo puede cubrirse cuando la subida de precio ha permitido sacar de las treinta fanegas que hemos supuesto rinden las tierras C, los costos de produccion y utilidades del colono, que no se cubrian antes que por la subida del grano se han encontrado cubiertas estas atenciones.

Se ve, pues, claramente que cualquier aumento que tengan los costos de produccion, no puede su importe ser añadido á voluntad al precio de los frutos, y únicamente se hallará el colono en estado de sufragarlos reduciendo las cargas á que tiene que hacer frente, economizando sus dispendios. Y como esto únicamente podrá lograrlo disminuyendo los salarios de los trabajadores, lo que no es fácil, porque estos pocas veces exceden lo estrictamente necesario para la subsistencia de aquellos, ó cercenando las utilidades de la labranza, lo que tampoco puede tener lugar, porque entonces el colono trabajaria de balde, no es posible que la economía se obtenga de otra manera sino disminuyendo la renta del propietario, el cual viene á soportar necesariamente y en último resultado el impuesto, por la sencilla razon de que no tiene sobre quien echarlo, y que naturalmente preferirá recibir menos renta á ver su tierra abandonada por el colono sin probabilidad de que se presente á tomarla en arriendo otro que consienta en dar mayor renta que la natural; esto es la diferencia entre los costos y utilidades ordinarias de la labranza, y el producto en venta de los frutos de la tierra.

Las explicaciones que preceden, al mismo tiempo que rectifican y aclaran los verdaderos principios acerca de la renta de la tierra y la naturaleza y efectos de los impuestos sobre los productos brutos, justifican cuanto en el capítulo I del libro VII hemos dicho sobre el diezmo y las consecuencias del sistema seguido para su abolicion.

Esto basta al fin que aquí nos proponemos, sin que sea necesario extendernos á explanar las modificaciones que en algunas cosas admite el principio absoluto de que el total importe de las contribuciones sobre los productos brutos recae sobre los propietarios territoriales. No cabe duda de que hay circunstancias en que una parte del diezmo grava el capital agrícola y sus rendimientos, además de recaer sobre el producto natural del suelo; pero esta distincion no altera la exactitud del principio general, pues aunque es cierto que el diezmo opera directamente en contra de los adelantos y mejoras de la agricultura, y que es impuesto sujeto á otros graves inconvenientes, no por eso deja la carga de gravitar principalmente sobre el propietario, único extremo que nos proponíamos probar.

Los que tengan curiosidad de apurar esta interesante materia podrán consultar con fruto las obras de Thompson, MacCulloch, doctor Pasley, Senior, Sismondi, Antonio, Scialoja (escritor moderno italiano) y los modernos alemanes.

CAPITULO III

Expedicion de don Carlos.

La batalla de Huesca.—La batalla de Barbastro.—Paso del Cinca por don Carlos.—Sus perplejidades.—La batalla de Gra y sus consecuencias.

Fuerte la situacion defensiva que al Pretendiente daba su posesion del país vascongado y las peculiares condiciones topográficas y políticas de aquella histórica tierra, así como las dotes morales de la raza que lo habita, era sin embargo impotente aquella situacion para que don Carlos le debiese la conquista de su codiciada corona.

No bastaba el esfuerzo supremo de sus partidarios, por grande que fuese el número de los adeptos á las antiguas usanzas patrias, para resistir al movimiento reformador que empujaba á España á entrar en la familia de los pueblos civilizados; y aunque debilitados los liberales por sus divisiones y por sus errores, en todas partes vencian á los carlistas, luchando animados por la persuasion de que serian los mas fuertes y acabarían por hacer triunfar su noble causa.

Los mismos vascongados, tan enteros y tan decididos, cuyo orgullo provincial se hallaba empeñado en que la victoria quedase por la dinastía en cuyo favor militaban, apenas si les era ya posible continuar soportando la pesada carga del ejército y de la corte de don Carlos. Este por su parte creia haber sacado ya del país vasco toda la ayuda que podia prestarle y ansiaba por hacer la prueba del efecto que su presencia y la de sus fieles provincianos producirian en las poblaciones de Cataluña, de Aragon, de Valencia y demás provincias del reino en las que contaba numerosos partidarios en armas.

Otra consideracion de gran peso influa tambien en el ánimo del Pretendiente. A las promesas que de muy antiguo le tenian hechas los gabinetes del Norte, sus aliados vergonzantes, de auxiliarle en cuanto poseyese una plaza fuerte ó una ciudad importante en la que pudiese asentarse su gobierno de una manera estable, agregábase ahora haber concebido esperanzas de que su cuñada, la reina María Cristina, vejada, maltratada, amenazada por la revolucion, se diese á partido y le allanase el acceso al trono.

Nacia esta esperanza de don Carlos de comunicaciones emanadas de la corte de Nápoles.

A ella se habian dirigido las dos hermanas de aquel Rey, doña María Cristina y doña Luisa Carlota, humilladas de resultas de las escenas de la Granja; habian buscado en aquel monarca de su sangre consuelos de familia y comunicádole sus deseos de salir de España, como igualmente los de transigir la cuestion dinástica por medio del matrimonio de doña Isabel con el primogénito de don Carlos.

No habia sido Luis Felipe del todo extraño á estas señales de inconsecuencia de parte de las encontradas ramas de la estirpe de Borbon.

Habia el Pretendiente recibido con cordialidad pero con altivez aquellas indicaciones, y lo que es mas, se habia exagerado el partido que de ellas podria sacar, toda vez que al aceptar en principio la avenencia habia puesto por condicion que la viuda de Fernando VII comenzase por reconocerle por rey legítimo.

Engreido por esta esperanza y fortificado en ella por la perspectiva de la acogida que la transaccion hallaria cerca de los gabinetes del Norte, se decidió don Carlos á llevar sus armas al corazon del reino, presentándose á las puertas de Madrid y penetrando en su recinto por el triple esfuerzo de sus soldados, de los partidarios con que creia poder contar dentro de la coronada villa y principalmente por la ayuda que le trajese su alianza con doña María Cristina.

Y llevado de estas por demás alegres aspiraciones, preparaba don Carlos su expedicion magna al mismo tiempo que sancionaba la ida á la corte de España del baron de Milanges, chambelan del conde de Chambord, y del señor Mayer, cónsul general de Nápoles en Burdeos, enviados ambos en calidad de agentes del hermano de doña María Cristina y doña Luisa Carlota, con encargo de acabar de establecer una perfecta inteligencia entre los príncipes que representaban la causa de las dos dinastías.

Milanges y Mayer se embarcaron en Marsella y llegaron á Madrid portadores de recomendaciones para una dama de nuestra aristocracia que los puso en contacto con don Manuel Gaviria, tesorero de palacio, por cuya mediacion fueron presentados á la Reina gobernadora con la que tuvieron dos conferencias reservadas.

Contrariamente á la leccion que traian aprendida, no hallaron los agentes napolitanos tan dispuesta á la Gobernadora á echarse en brazos de don Carlos, condicion que era la base sine qua non puesta por el Pretendiente para entrar en tratos.

Habia ya por entonces la Reina gobernadora sacudido en gran parte el temor que tan natural era le hubiesen infundido los desacatos y el verdadero peligro que corrió en la Granja.

Las bases de la nueva Constitucion se hallaban aprobadas y muy adelantada la votacion del código que habia reformado las restricciones que el de 1812 imponia á la corona.

Pero la nueva disposicion de ánimo en que se hallaba la corte de Madrid no era conocida ni menos debidamente apreciada por la de Oñate; y fuertemente influido don Carlos por las consideraciones que acababan de ser expuestas, decidióse á ponerse al frente de una expedicion organizada en mas grande escala que lo habian sido las anteriormente lanzadas al interior del reino.

Formado que hubo esta resolucion salió el Pretendiente de Durango á mediados de febrero, dirigiéndose primero á recorrer los diferentes puntos de sus líneas y deteniéndose á fines de abril en Estella, donde se ocupó sin levantar mano de los preparativos del movimiento invasor que habia resuelto no diferir. Autoriza á creer que la nueva empresa del Pretendiente tenia un ideal mas político que militar, el numeroso personal de hombres civiles que incorporó al ejército expedicionario.

Además de la casa militar de don Carlos y del infante, iban en calidad de agregados y de servidumbre mas de doscientas personas, á las que acompañaba y seguia una inmensa caravana de clérigos, de covachuelistas, y de aspirantes á ocupar los destinos en las provincias que se esperaba iban á ser sometidas. No llevaba artillería el cuerpo expedicionario. El comisariado ó administracion militar iba muy mal montado, habiendo sido durante toda la expedicion muy desatendido el servicio de provisiones, situacion que no mejoraba el estado de la caja militar que se hallaba enteramente vacía cuando la expedicion se puso en marcha.

Una vez resuelto don Carlos á emprender su excursion dinástica, fué error grave haberla retardado de un solo dia. Si la hubiese efectuado interin Espartero trasportaba por mar su cuerpo de ejército de Bilbao á San Sebastian, no habrian hallado los expedicionarios fuerzas capaces de estorbar su marcha, y si hubiesen ganado, como fácilmente hubiesen podido hacerlo, unas cuantas jornadas sobre Espartero, habria sido posible á don Carlos sorprender á Zaragoza, como parece fué su primer intento; ó de haberse dirigido á Madrid, no habria verosimilmente hallado la resistencia que mas tarde debia encontrar, y que en gran parte alentó la confianza que á los milicianos y á los patriotas de Madrid inspiró la seguridad de la llegada de Espartero en los dias en que el Pretendiente hizo su aparicion á las puertas de la capital.

El 12 de mayo levantó el infante don Sebastian su cuartel general de las líneas de Guipúzcoa, y marchando por Irun y Andoain entraba en Tolosa el 13, reuniéndose al siguiente dia con don Carlos en Estella.

La fuerza de que se componia la expedicion constaba de doce mil infantes y mil setecientos caballos; la escasa dotacion de artillería que de Estella salió con el ejército fué abandonada al paso del Arga, pero conserváronse los tiros para utilizarlos cuando lo permitiese el estado de los caminos por donde la expedicion tuviese que abrirse paso.

Componiese esta de cuatro divisiones, respectivamente mandadas, la primera por el mariscal de campo don Pablo Sanz, la segunda por el de igual clase don Prudencio Sopelana, la tercera por don Alonso Cohebillas, y la cuarta, formada por la caballería, iba á las órdenes del conde de Prado. Los infantes componian diez y seis batallones, y doce escuadrones

TOMO VI

la caballería. Al mando de la artillería para cuando la hubiese, fué destinado el coronel Gil de la Torre.

Era jefe de palacio el general don Simon de la Torre; gobernador del cuartel real el brigadier marqués de Santa Ollala, y del cuartel general el coronel don José Castelar, siendo su segundo el de igual clase don Miguel Lacy.

El 15 de mayo hubo besamanos en Estella en celebracion del cumpleaños de don Juan, y terminado aquel acto se dió la órden de marcha, habiendo pernoctado el cuartel real en Salinas de Oro, y el siguiente dia 16 en Echaury.

El paso del Arga se verificó por un puente de campaña construido por el cuerpo de ingenieros, al alegre estruendo de las bandas de música, y presenciando el acto gran muchedumbre de aldeanos que vitoreaban ruidosamente al expedicionario monarca.

A su presencia y dando muestras de vivo entusiasmo desfilaron las tropas dejando tras de sí los pueblos del territorio dominado por don Carlos, y efectuando seguidamente el paso del rio Aragon, hizo noche la expedicion en Caceda el dia 19. De este punto y con fecha del 20 firmó don Carlos su proclama dirigida á los navarros y á los vascongados, en la que les anunciaba que llamado por sus fieles servidores del resto de España, marchaba á libertarlos del yugo opresor de la revolucion impía, y que del auxilio de Dios y del de la Virgen, generalísima de sus ejércitos, esperaba la victoria que habian preparado los heroicos sacrificios é indómito valor de los leales hijos de aquellas provincias, de las que momentáneamente se alejaba para asegurar el triunfo final que coronaria su heroísmo.

Concluia exhortando á los habitantes á que obedeciesen á los jefes que quedaban en el país, esperando que se mostrarian, como siempre lo habian hecho, dóciles á la voz de sus juntas forales.

El mando militar de las provincias quedó cometido al teniente general don José de Uranga.

Análoga alocucion fué dirigida á los voluntarios. Deciales don Carlos que marchaba á su frente para terminar los males de la patria y arrancarla á la esclavitud en que la tenia sumida la usurpacion. «Mengua fuera ya, añadió, de vuestro decoro tolerarlo. Habeis vencido á la revolucion en este suelo clásico de lealtad; este era el campo señalado para decidir los destinos de la nacion y el cielo con prodigios no interrumpidos se ha dignado vengar su causa. Un puñado de valientes rodeados de privaciones, solos contra todos, pero protegidos por el cielo, ha sabido vencer al liberalismo europeo convirtiéndose en un ejército de héroes. La revolucion se bate en su agonía contra sí misma, reducida á la desesperacion y al descrédito. Desaparezca de una vez de la mas fiel de las naciones. Busquémosla donde no encuentre recursos para guarecer su cobardía. El éxito no es dudoso: un solo esfuerzo y España será libre.

»Voluntarios: invoquemos el divino auxilio de vuestra poderosa generalísima, cuyo estandarte seguimos; confiad en su proteccion y en la del glorioso patrono que humilló la bárbara fuerza agarena, harto mas imponente aunque menos impía que la de vuestros despreciables enemigos. Sea vuestra conducta cual corresponde á defensores del altar y del trono; que no mancillen vuestros laureles ni traigan la ira de Dios sobre vuestros desórdenes y excesos, la inmoralidad y el crimen. No vais á conquistar los pueblos, vais á libertarlos de los tiranos, á salvar de su rapacidad y furor, vuestros intereses, vuestros padres, esposas é hijos, á los españoles vuestros hermanos.

»Todo lo espero de vuestro valor, de vuestra disciplina y de vuestras virtudes; no os recuerdo la autoridad del monarca y su justicia cuando solo interesais el corazon de padre y su cariño.

»Voluntarios: corramos al nuevo campo que nos abre el cielo; suya y vuestra es la victoria. Mia será la gloria de admirarla y de premiarla.»

El infante generalísimo dirigió tambien al ejército la siguiente órden del dia:

«Compañero soy de vuestras fatigas y lo seré de vuestros laureles. Los trabajos y las privaciones no deben arredraros:

sin sacrificios no se alcanzan la gloria y el triunfo. A vuestro bienestar se dirigen mis desvelos; estad seguros, soldados; el Rey os habla, nada tengo que añadir; el Rey os ve, nunca debéis mostrar mayor esfuerzo ni mas rigurosa disciplina.

»Su custodia os está confiada; en vuestro valor fia su corona; vuestra conducta os granjeará el amor de los pueblos y la Europa toda os admirará. Marchemos pues y el Dios de las batallas os concederá el triunfo.

»Soldados, victoria ó muerte. ¡Viva Carlos V!»
Prosiguió la expedición su marcha dejando á Sangüesa á la izquierda, contentándose con un ligero reconocimiento sobre dicho punto efectuado por una columna volante, dirigiéndose en el mismo día á Bárdena, y desde este pueblo á Luna, en cuyo castillo feudal se alojó don Carlos el 22 de mayo.

El general Iribarren, que mandaba la division de la Ribera, reforzado con algunos batallones que unidos á la poderosa caballería liberal formaban un respetable cuerpo de ejército, era el encargado por Espartero de defender los pasos del Ebro y de hacer frente á la expedición si esta llegaba á realizarse. Pero no era solo la línea del Ebro la que había que guardar de la invasión carlista, la que podía muy bien siguiendo por Navarra dirigirse al alto Aragón. Para haber atendido á ambas eventualidades vigilando el Arga al mismo tiempo que el Ebro, requeríanse mas numerosas fuerzas que las puestas á disposición de Iribarren. Al frente de diez batallones, de la brigada argelina (cuyos desertores, dicho sea de paso, habían suministrado á don Carlos un no escaso contingente de auxiliares africanos), de la brillante caballería de la Ribera y de diez y seis piezas de campaña, hallábase el general de la Reina en acecho de la expedición, inseguro de por dónde rompería el enemigo la extensa línea que estaba encargado de vigilar; al saber que aquel reconcentraba sus fuerzas en Estella, corrióse Iribarren á Artajona y á Obanos; cuando supo que la expedición amagaba á Sangüesa, evitando la orilla derecha del rio Aragón, retrocedió á Tafalla y á Olite. La lenta marcha que llevaba don Carlos no permitía fijarse en la dirección que podría tomar, pero inclinándose Iribarren á creer que el Ebro sería el objetivo de la expedición, se acercó á este rio ocupando á Valtierra el día 20. Igualmente receloso de que don Carlos tomase el rumbo de Tudela, encomendó la guarda del importante punto de Valtierra al general Buerens, que acababa de llegar á Calahorra, marchando Iribarren á Tudela al mismo tiempo que don Carlos ocupaba sucesivamente á Castilliscar, Biota y Farasdues. Conoció entonces el general de la Ribera que los carlistas caminaban hacia el Gállego, y suponiendo que intentarían pasarlo por Zuera, como parecia verosímil si la expedición trataba de acercarse al Ebro, tomó aquella dirección; pero ínterin marchaba para salirle al encuentro habíanse los carlistas apoderado de las barcas de Marraco, y sirviéndose de ellas y aprovechando los vados del Gállego, pasaron este rio y el 22 entraban en Huesca.

Apresuróse Iribarren á tomar aquella dirección, y mortificado de no haber penetrado el verdadero designio del enemigo, quiso recuperar el tiempo que se había malogrado precipitando en consecuencia su movimiento. El 24 por la mañana ocupaba á Almodévar, distante cuatro leguas de Huesca, donde algunas horas antes habían entrado los expedicionarios, y en el ardor que animaba á Iribarren por venir con ellos á las manos, no quiso aguardar que su infantería, de la que algunos batallones venían rezagados, acabase de llegar.

Fiado en la calidad de sus soldados y sobre todo en la superioridad de su caballería, dispuso que dos columnas de ataque, compuestas de seis batallones, ocho escuadrones y tres baterías, mandadas por los generales Van-Halen y Conrad, se adelantasen, quedando dispuesto á seguirlos á la llegada de los batallones esperados de una hora á otra.

Los carlistas encerrados en Huesca destacaron sus guerrillas, las que acogidas por la caballería de Iribarren replegáronse al abrigo de los batallones que procedentes de la ciudad iban tomando puestos de combate en terrenos plantados de viña. Llevado de su pundonoroso arrojo el brigadier de la Guardia real don Diego Leon y Navarrete, sobrino del célebre *magister equitum* del mismo nombre, que años despues debia caer víctima de nuestras cruentas discordias civiles, pro-

vocó al enemigo, cargando denodadamente á su infantería en terreno cortado, en el que con dificultad podían los jinetes hacer valer la superioridad de su arma, y recibidos los lanceros de Diego Leon por un vivo y mortífero fuego, los caballos espantados se desordenan, las filas se confunden, distinguidos oficiales caen muertos ó heridos, y el intrépido Leon es atraesado por disparos que lo derriban del caballo y queda tendido en el ensangrentado campo de batalla al lado de doce carlistas que su temida lanza acababa de poner fuera de combate. Había llovido los días anteriores y la tierra reblandecida inutilizó los movimientos de la artillería, circunstancia de la que se aprovecharon los argelinos pasados á don Carlos para apoderarse de algunas piezas que fueron rescatadas por los soldados de la misma legión que habían permanecido fieles á su bandera.

El valiente Iribarren que vió escapársele la victoria con que había contado, al par que afanoso de vengar la muerte de Diego Leon, púsose en persona al frente de los escuadrones y cae impetuoso sobre los carlistas, pero envalentonados estos por la ventaja que acababan de obtener y reforzados por los batallones que salen de la ciudad en su auxilio, oponen tenacísima resistencia á las cargas de Iribarren, el que despedido y desafiando la muerte, es retirado mortalmente herido en los críticos momentos en que llega Villareal al frente de batallones de refresco que deciden de la victoria en favor de los carlistas, victoria que si no degeneró en completa derrota de los liberales, al pronunciarse estos en retirada, debióse á que la caballería de la Guardia volviendo cara y haciendo frente á la de don Carlos la hizo retroceder arrancándole de las manos los numerosos prisioneros que no hubiera podido menos de hacer á no haber este hallado una insuperable barrera en las lanzas y en los sables de los soldados que habían sido testigos de la heroica muerte del jóven don Diego Leon.

Dicho se está que la accion de Huesca fué reñidísima. Las bajas que ocasionó, soportadas la mayor parte por los liberales, se calcularon en dos mil hombres fuera de combate. Los carlistas quedaron dueños de la ciudad en la que aquellos y sus parciales celebraron el triunfo, pero no se atrevieron á seguir á los liberales que entraron sin ser molestados en Almodévar, donde aquella misma noche falleció Iribarren á consecuencia de sus heridas.

Antes de espirar y dando su último pensamiento al interés patrio, firmó el moribundo una urgente comunicacion á Buerens para que acudiese á reforzar el cuerpo de ejército y á encargarse de su mando, como lo efectuó dicho general presentándose en Almodévar en la mañana del 26.

La órden del día dada por don Sebastian al ejército, tomaba acta del brillante hecho de armas que señalaba la entrada en campaña de la expedición, y don Carlos por su parte creó una nueva condecoracion para premiar á los que se habían distinguido.

Natural era que con este motivo el infante generalísimo hablase á sus soldados y lo hizo en los términos que aparecen de la órden general del ejército citada al pié (1).

Siempre hemos procurado no cargar nuestra conciencia de historiador con calificaciones depresivas del carácter de adversarios que luchan en pro de sus convicciones, sentimiento

(1) El enemigo que no se atrevió á impedir vuestra majestuosa marcha, creyéndose rendidos por las privaciones y el cansancio, cayó de repente sobre vosotros en la tarde del 24. Este cobarde esperaba sin duda la victoria de vuestra fatiga y de las ventajas que le ofrecía el terreno para su numerosa caballería y artillería. Las granadas que son para vosotros el toque de generala os anuncian un nuevo campo de gloria á donde os conduce vuestro valor. Visteis al enemigo, y parando con firmeza el ataque lo rechazasteis; un momento despues lo arrollais; hacéis desaparecer su artillería; correis en pos de sus mejores tropas y la noche pone término á su ignominia y un freno á vuestro denuedo. Soldados: El rey nuestro señor, testigo de tan bravo comportamiento en esta gloriosa batalla, me manda os dé las gracias en su nombre real. Vuestro general cumple este mandato con la satisfacion que inspira el convencimiento de que lo mereceis y la seguridad de que siempre seréis los mismos en el campo del honor, mientras llega el venturoso día que no puede estar lejos de colocar en su trono al legítimo monarca de Castilla.
»Real de Huesca 26 de mayo.—Vuestro general en jefe, *El infante don Sebastian Gabriel.*»

que impele á protestar contra la acusacion de cobardía que las alocuciones de don Carlos y don Sebastian lanzan contra los soldados de Iribarren. El respeto que la dignidad de la historia impone, puede tan solo refrenar la expresion del hastío que ocasione el rebajamiento de moralidad que se deja arrastrar á tales excesos de pasion y á tan completo olvido de toda nocion de equidad.

No desaprovecharon los carlistas como lo tenían por costumbre la ocasion de atraer á su partido los prisioneros que acababan de hacer, ofreciéndoles premios y recompensas; y para mejor disponerlos á que depusiesen la prevencion que pesaba sobre los secuaces del Pretendiente de cruels y perseguidores de los liberales, expidió don Carlos en Huesca una parodia de amnistia parcial ofreciendo perdón y olvido á los nacionales que entregasen las armas á condicion de no volverlas á empuñar contra él y su causa.

Los tres días que siguieron al de la reñida accion de Huesca lo fueron de regocijo y de festejos para los expedicionarios y sus amigos. Hubo *Te-Deum*, procesiones y máscaras. Uniéronse á las filas carlistas algunos jóvenes, y el 27 salió el Pretendiente para Barbastro, donde le esperaban demostraciones de un entusiasmo mas estrepitoso que el que acababan de tributarle sus partidarios de Huesca.

Aunque Buerens acudió, como queda antes dicho, á recoger el poco envidiable legado dejándole por el intrépido Iribarren, no eran los ocho mil infantes y mil doscientos caballos que venia á reunir Buerens, fuerza suficiente para operar con decision, al mismo tiempo que contra la expedición capitaneada por don Carlos, contra Cabrera y los cabecillas que servian á sus órdenes. Tanto para reforzar el cuerpo de ejército que Iribarren destacó del del Norte, como para proseguir la importante campaña que abria la presencia del Pretendiente en las provincias centrales, dispuso el gobierno que el general Oraá reuniese á las suyas las fuerzas de Buerens, debiendo operar de acuerdo con el baron de Meer á fin de mejor contrarrestar los progresos del enemigo y su marcha sobre la capital.

El 27 llegaron en Andorra, á manos de Oraá, las órdenes del gobierno, y veinticuatro horas despues se hallaba en Zaragoza adoptando las disposiciones reclamadas por lo crítico de las circunstancias.

Juzgando ser ya tarde para dirigirse á cortar al enemigo el paso del Cinca, y obligado á concentrar todas las fuerzas disponibles segun lo exigiesen los movimientos del enemigo, llamó Oraá las brigadas mandadas por los brigadieres Villapadierna y Lebron, decidido como lo estaba á hostilizar á don Carlos en cualquiera de las dos direcciones que podía tomar, la de caer sobre Cataluña ó la de abrirse paso á Castilla. Y á fin de aproximarse al enemigo colocándose en situacion de escoger aquella posicion que juzgase mas ventajosa para atacarlo, determinó Oraá marchar en dirección á Barbastro, ocupado ya por don Carlos, resuelto á presentarle la batalla si la aceptaba á campo raso, y en el caso que no saliese á medir sus armas con las de la Reina, poder Oraá seguir su marcha y aprovechar las ocasiones que le ofreciesen los movimientos del enemigo.

En teoría el cálculo de Oraá no tenia mayores proporciones que las de verificar un reconocimiento de la situacion y fuerza de los expedicionarios; pero dependia de estos que resultase, como en efecto resultó, una batalla que, lejos de rehuir ambos beligerantes, tenían interés en que se verificase, Oraá para restablecer con el prestigio de una victoria la mala impresion que en el ejército habían ocasionado las pérdidas experimentadas en Huesca, y don Carlos á fin de infundir confianza á sus partidarios de las provincias que se proponia visitar, aumentando sus probabilidades de que una nueva batalla de Almansa le valiese el *fiat* que á aquella célebre jornada debió Felipe el Animoso.

De una ni de otra parte era exagerada la esperanza de aspirar al triunfo. Oraá llevaba doce mil hombres en tres divisiones mandadas por Buerens, Conrad y Villapadierna, mil doscientos caballos regidos por el mas brillante jefe del arma, por el glorioso y desventurado Diego Leon, el de Belascoain. Contaba además con dos baterías rodadas y una á lomo, arma de la que absolutamente carecian los carlistas.

Las cuatro divisiones de que se componia el cuerpo de ejército expedicionario, reunian casi la misma fuerza. La infantería que al salir de Estella igualaba en número á la de Oraá, había experimentado bajas en Huesca que no podían ser inferiores de quinientas plazas, bajas cubiertas con exceso por los voluntarios que la expedición reclutaba, y por los prisioneros que con ella habían tomado partido. La fuerza de caballería era la misma, pero enteramente favorable á los liberales la exclusiva posesion del arma de artillería.

No rehusaron los carlistas la pelea; salieron de Barbastro, aceptando el honroso duelo, ínterin Oraá que había pernocoado el día 1.º de junio en Berbegal, poníase en marcha á la siguiente mañana muy de madrugada adelantándose hasta dar vista á las columnas enemigas: Formó su infantería en dos líneas de tres columnas cada una, distribuyendo su caballería y su artillería en disposicion de poder oportunamente emplear dichas armas. A no haber sacado Oraá el partido que sin duda le ofrecia la posesion de diez y seis piezas de artillería, seria en nuestro sentir opinable por los hombres de guerra que la jornada de Barbastro en vez de haberse *hecho tablas*, no hubiese ocasionado á los carlistas bajas de gran consideracion, que es lo menos que en favor de los liberales debió resultar de una lid aceptada por sus contrarios en terrenos descubiertos y expuestos á los disparos de diez y seis piezas de artillería.

Daban frente al enemigo las divisiones de Oraá formando la derecha Villapadierna, Conrad la izquierda y Buerens el centro. A las doce rompió el fuego sostenido ventajosamente por la izquierda de Oraá, pero el centro no se mantuvo firme é introdujo desórden en las filas, circunstancia de la que se aprovecharon los carlistas, cuyo marcial espíritu se hallaba tan estimulado de resultados de las ventajas de los días anteriores como abatido y vacilante se mostró el de los soldados de la Reina. Todas las operaciones de aquella jornada se resintieron por parte de los liberales de flojedad y de falta de la resolucion y de la energía que fija la victoria en los momentos decisivos. La legión argelina fué la que mas se señaló por su olvido de la doble obligacion en que estaba hacia la bandera de la que procedia y de la en que se hallaban al presente alistados los que la componian.

Sus jefes y oficiales, estimulados por el sentimiento del honor militar, hicieron los mas meritorios esfuerzos para llevar sus soldados á hacer frente al peligro y pagaron nolemente con su vida su amor al uniforme, habiéndoles dado ejemplo su jefe el general Conrad, honrosamente muerto haciendo prodigios de valor.

Sin duda hubo de conocer Oraá que el temple de sus soldados no se hallaba á la altura del levantado espíritu que jamás abandonó al Nestor de nuestros generales, quien justo apreciador de la responsabilidad que sobre él pesaba, ordenó á tiempo una retirada que no le ocasionó pérdidas sensibles, permitiéndole volver al punto de donde había salido, sin que el enemigo lo persiguiese, desenlace de una muy reñida jornada, que creemos haber calificado con exactitud al significar que su resultado fué *indeciso* por una y otra parte, juicio que para ser completamente exacto debe añadirse que no dejó de ser una gran ventaja para los carlistas haber neutralizado, á favor del comportamiento de sus batallones navarros, las cargas de la excelente caballería mandada por Diego Leon.

La pérdida de ambos ejércitos se calcula que ascendió á 1,200 bajas.

Corroboraba plenamente el juicio que hemos emitido sobre la accion de Barbastro, que no fué ni una derrota para los liberales, ni una victoria para los carlistas, el hecho de que estos no trataron de sacar partido de la retirada de Oraá á Berbegal habiéndolo dejado descansar tranquilo en dicho punto, afanosos de seguir su marcha en busca de territorios que les fuesen mas propicios y de allegar refuerzos que cubriesen sus bajas.

El principal interés de don Carlos en aquellos días era el de pasar el Cinca y penetrar en Cataluña.
Mayor debieron tenerlo los generales de la Reina en entorpecer á los expedicionarios el paso de aquel rio y en haber aprovechado el momento de tan delicada operacion para haber, si no destruido, causado inmensos daños al enemigo. Pero hubo evidentemente negligencia por parte de los jefes